

Ojos tristes.

Josan Merino

Image not found.

# Capítulo 1

Cuando despertó tenía la boca llena de arena...

Llegaba tarde, pasaban más de diez minutos. Nervioso no dejaba de consultar la hora de su reloj. Por fin la vio doblar la esquina, y al mirarla se le pasaron todos los miedos. La besó repetidas veces y la cogió de la mano sin dejar de sonreír. Ya estaba todo en marcha, el plan había salido perfecto. Sus padres pensaban que pasarían el fin de semana con unos amigos, pero ellos habían alquilado una habitación en una pensión junto a la playa, desde la que se veía el mar.

“Éste será nuestro reino, princesa de ojos tristes”. Le dijo, mientras la desnudaba y llenaba cada rincón de su cuerpo con besos y caricias. Ella le quitó la ropa con suavidad, lo empujó hasta caer ambos sobre la cama.. “y éste nuestro campo de batalla”. Entre las sábanas, piel contra piel. El roce de sus deseos llenó la habitación de vapores invisibles, sus cuerpos sudorosos brillaban a la luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas, y de fondo, el mar los vigilaba con su eterno rumor de olas.

La luz de la luna recortaba su figura y él, la miraba. No se podía creer que existiese una criatura más bella, y que él hubiese tenido la gran suerte de llenar su corazón, de sentirla como nadie más la había sentido hasta ahora. Dormía su niña una noche dulce de abril. Y soñó con campos verdes junto al mar, un puente de piedra que se alzaba en el camino conectando dos orillas de un río, que a escasos metros, desembocaba en el mar amansando su furia cristalina, su profunda oscuridad.

Llegó la hora de la despedida, se dijeron adiós prometiendo volverse a ver. Se fundieron en abrazos y besos con sabor a sal. Antes de que ella subiera el primer peldaño del vagón del tren que la alejaría de aquel pueblo con mar, él la hizo prometer que volverían a conquistar su reino, y se encontrarían allí, un nueve de julio, en el mismo lugar en el que la pasión los hizo libres como una profecía.

Allí estaba él, puntual como un clavo, en la puerta de la pensión. Pagó la habitación y subió a dejar sus cosas, a preparar el recibimiento de la princesa. Encendió velas de diferentes colores, abrió la ventana para que el rumor del mar pusiese música a sus recuerdos, para revivirlos cuanto antes. Se sentó en la cama a esperar.

Las velas, una a una, se fueron consumiendo y dentro de su alma se encendía el desasosiego, la tristeza, el rencor... Bajó como un poseo y bebió hasta enloquecer, bebió hasta el punto de perder la noción del tiempo. Recuerda vagamente como unos labios lo besaban, y sonrió feliz

porque creyó que su princesa había llegado. Subieron despojándose de las ropas, rotos de deseo, con el sexo a flor de piel. Todo aquello no lo recuerda, o lo ha querido olvidar. De pronto, en medio de la noche, sonaron tres golpes en la puerta. Unos ojos tristes se adivinaron a la luz de la luna llena, y un brillo de terror se apoderó de ellos cuando lo vio a él junto a otra mujer, ambos desnudos, entrelazados como ellos lo estuvieron una noche de abril.

Nubes plomizas taparon las estrellas, y llovió hasta hacer charcos. Se vistió rápido, zafándose de unos brazos que le invitaban a quedarse en la cama y olvidar. Corrió por las calles, hasta llegar al mar. Adivinó en el aguacero una sombra sobre un puente de piedra, la llamó a gritos mientras se acercaba corriendo, se tropezó y cayó de bruces en un charco. Al alzar la mirada ya no había sombra, no había cabellos húmedos, ni traje azul, ni ojos tristes...

Llegó hasta el borde del puente, lo recordaba, el mar, los campos verdes. Miró hacia abajo, sus ojos se encontraron con agua y la canción de un rumor de mar. Apoyó sus brazos en el parapeto de piedra y se aupó en él. Con los ojos llenos de lágrimas saltó, después nada, sólo oscuridad.

Despuntaban los primeros rayos de sol del día. Despertó poco a poco, con la boca llena de arena. Se incorporó para ver que estaba en la playa, empapado hasta los huesos. Algo le oprimía el pecho, y sentía ganas de romper a llorar. Pero no pudo. Desde entonces nunca más volvió a nacer lágrima alguna de sus ojos.

Regresó a su hogar, dejando atrás aquel pueblo costero. ¿Qué haría ahora?, ¿cómo explicaría lo sucedido cuando le preguntasen por ella?. Ahora que el mar quedaba tan lejos el miedo se apoderó de sus sentidos, de su cabeza, de su alma, y su cuerpo saltó al vacío desde el balcón de su casa. De nuevo la nada, tan sólo oscuridad.

Cuando despertó tenía la boca llena de arena.